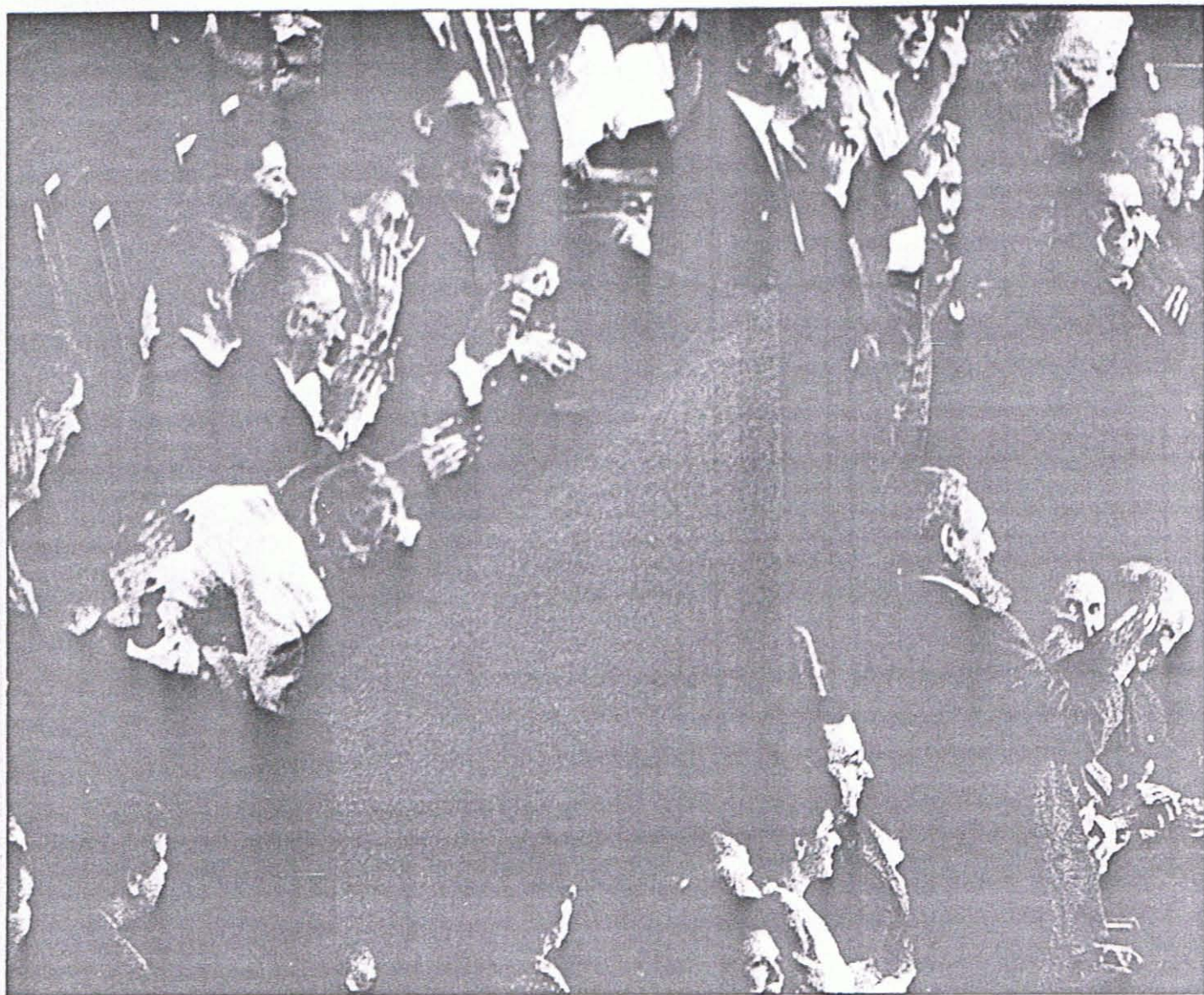


UN AÑO

DESPUÉS ...



JOAN SANCHEZ

El rey Juan Carlos, Jordi Pujol, Felipe González y Juan Antonio Samaranch, en el palco del estadio durante la inauguración de los Juegos Olímpicos. A la derecha, Fidel Castro.

La herencia política

ARCADI ESPADA

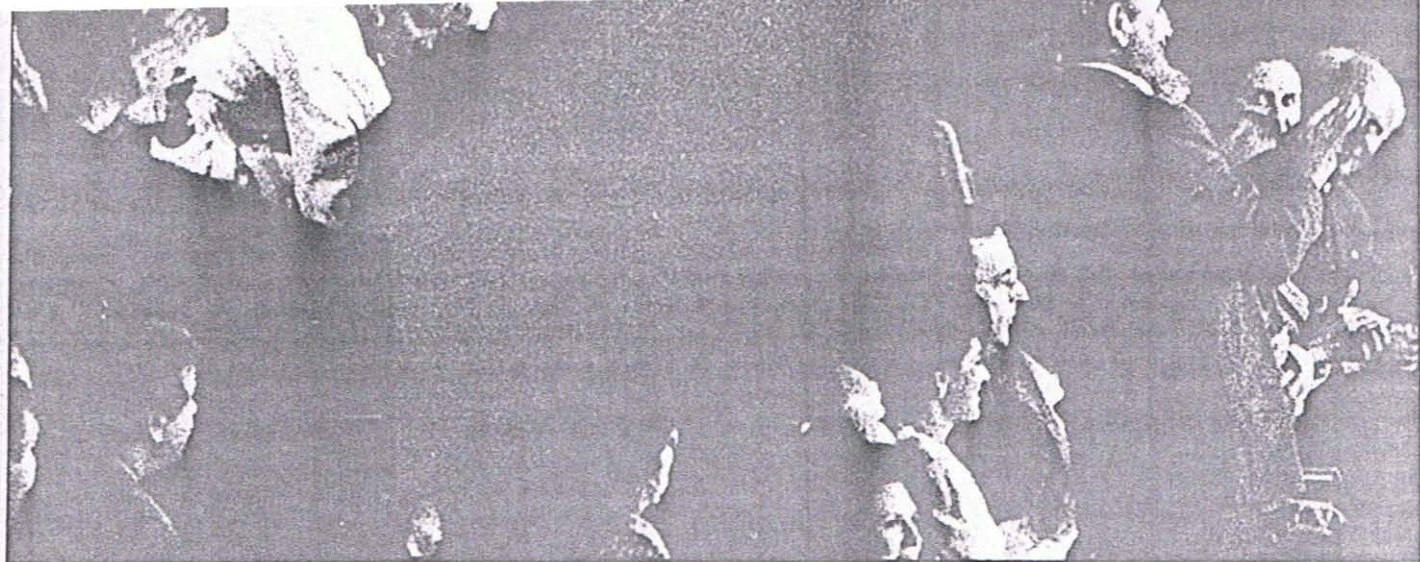
Los Juegos Olímpicos supusieron para la ciudad de Barcelona lo mismo que la transición política para el conjunto de España: un punto de no retorno. Como en la transición política, los Juegos fueron el escenario de un complejo sistema de pacto entre todos los institucio-

Los JJ OO escribieron una
constitución barcelonesa
duradera, pactada y estable

La magnitud del estallido olímpico, su enorme importancia en el desarrollo de la ciudad, la

presión de la colectividad catalana llevó a pensar que la paz olímpica era algo más que un estado

sitivo y enriquecedor. Y siempre, cada cuatro años, son los mejores Juegos de la historia, como sabe muy bien Juan Antonio Samaranch. Barcelona no ha escapado a esa lógica. Han supuesto para la ciudad un salto gigantesco, interno, y han proyectado una imagen impagable de ella en el resto del mundo. In-



El rey Juan Carlos, Jordi Pujol, Felipe González y Juan Antonio Samaranch, en el palco del estadio durante la inauguración de los Juegos Olímpicos. A la derecha, Fidel Castro.

JOAN SANCHEZ

La herencia política

ARCADI ESPADA

Los Juegos Olímpicos supusieron para la ciudad de Barcelona lo mismo que la transición política para el conjunto de España: un punto de no retorno. Como en la transición política, los Juegos fueron el escenario de un complejísimo sistema de pacto entre todas las instituciones implicadas; como en la transición política, hubo renuncia de lo tangencial y un gran aparato simbólico: en aquel verano, cada gesto y cada palabra fueron milimetrados al máximo y tuvieron una miríada de interpretaciones posibles. Como en la transición, finalmente, el viejo régimen —es decir, una Barcelona premoderna, asfixiada por murallas invisibles— dio paso a una ciudad nueva que durante mucho tiempo no registrará, probablemente, grandes sobresaltos físicos ni tampoco morales.

Los JJ OO, en suma, escribieron con tinta simpática una Constitución barcelonesa duradera, pactada y estable: varias generaciones de ciudadanos tendrán los Juegos como un inescrutable punto de referencia. Incluso lo tendrán cuando suene inexorable otra vez la hora de la renovación y los Juegos, como sucede con todo fenómeno decisivo y trascendente, hayan de ser releídos una y mil veces, analizados, impugnados o reivindicados.

Los JJ OO escribieron una constitución barcelonesa duradera, pactada y estable

La magnitud del estallido olímpico, su enorme importancia en el desarrollo de la ciudad, la euforia y hasta la perplejidad desatada durante aquellos 15 días en que Barcelona estuvo guapa como nunca, feliz, eficaz y solidaria como nunca ante los ojos del mundo, hizo pensar a algunos responsables políticos y a una parte de la opinión que esos 15 días iban a conmover al mundo —a nuestro pequeño mundo— hasta el punto de introducir un nuevo modelo de relación entre los diversos sectores de la sociedad política catalana y entre Cataluña y el resto de España. En este sentido, hubo quien pensó, cuando en las ruinas de Empúries un muchacho colocó sobre el pebetero la leyenda *Freedom for Catalonia*, que esto era Lituania y que la apreciación colectiva del hecho era una nimia cuestión de tiempo. Igualmente, ante el vendaval de banderas españolas en el Camp Nou, hubo quien aseguró que la refundación de España estaba en marcha. Que Narcís Serra, Jordi Pujol y Pasqual Maragall acordaran mediante pactos que llegaron a estar escritos —y que tal vez algún día puedan conocerse— los perfiles y los límites que habría de tener la plural ex-

presión de la colectividad catalana llevó a pensar que la *pax olímpica* era algo más que un estado transitorio, dictado por la necesidad y el sentido común.

No, no, no

Un año después, obviamente, Lituania sigue sin expresión mediterránea; España, animal lento como todas las grandes naciones, crece y se mueve imperceptiblemente, tal que la hierba, y el principal objetivo local de Pujol es la neutralización política de su vecino de plaza. Y viceversa, claro. Políticamente, pues, hablando de la política en sentido convencional, los Juegos no han dejado ninguna herencia. Lo acabó de demostrar el resultado de las elecciones generales y apuntilló la suerte aquella imagen inolvidable de Jordi Pujol en los jardines de La Moncloa diciendo no, no y no, sin que se le oyera añadir, como a los niños en rabieta, cualquier otra explicación polisilábica y plausible.

Los Juegos Olímpicos los organiza siempre una ciudad y no un país. Suelen tener para la ciudad que los acoge un efecto po-

sitivo y enriquecedor. Y siempre, cada cuatro años, son los mejores Juegos de la historia, como sabe muy bien Juan Antonio Samaranch. Barcelona no ha escapado a esa lógica. Han supuesto para la ciudad un salto gigantesco, interno, y han proyectado una imagen impagable de ella en el resto del mundo. Inferir cualquier otra consecuencia semejante a las anteriormente descritas era un exceso en el verano de 1992 y continúa siéndolo —si acaso aumentado visto el devenir— un año después.

Cataluña es un país experto en la extracción de plusvalías. Económicas y morales. Todo aquí es un poco más de lo que es: desde los clubes de fútbol hasta la policía propia, desde los museos hasta los salones de recibir. "Más que unos Juegos": esa fue una frase repetida hasta la saciedad durante aquel verano. El paso del tiempo confirma que los de Barcelona fueron unos Juegos plenamente inscritos en la positiva normalidad de cualquier otra cita olímpica. No era poco para un país que no figuraba todavía plenamente en las alacenas de la confianza europea y universal. No era poco para una ciudad castigada e incrédula. El escepticismo ante cualquier plusvalía debería ser una de las herencias fundamentales de aquel verano. Ser sólo lo que somos: una bendita aspiración de normalidad. Profundamente política, por cierto.